

Itinerarios de la teoría y la crítica literaria latinoamericanas (1970-2000)

Roxana Patiño

Este capítulo introductorio profundiza –sin intención alguna de totalización- en ciertas modalidades de apropiación, desplazamientos e itinerarios específicos de algunos debates en torno a los horizontes teóricos que enfrentó y enfrenta la crítica literaria y cultural latinoamericana de las últimas décadas. No obstante la focalización en el pasado reciente, es imposible desgajarla de sus textos maestros que desde muy tempranamente en el siglo XX y aún antes marcaron sus rumbos más ricos y problemáticos, principalmente desde una conciencia política –y geopolítica- de sus planteos. Los escritos de José Martí y José Carlos Mariátegui, “Nuestra América”(1891), del primero, o el “Proceso de la literatura” –el último de sus 7 *ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928) del segundo-, anuncian con firmeza que la elaboración de “nuestro vino”, la mirada que pondera “nuestra Grecia a la Grecia que no es nuestra”, como pedía Martí, implicará el desmontaje de un descomunal dispositivo que la experiencia colonial dejó en las ideologías culturales de los intelectuales latinoamericanos y, en consecuencia, en el canon literario que se construyó a partir de ellas.

Esta línea es aún más nítida en los periodos de las vanguardias estéticas y políticas, momentos en los que fue posible registrar las transformaciones del lugar y el sentido de la crítica literaria y cultural latinoamericanas tal y como el proyecto ilustrado las fue configurando a lo largo del siglo XX, momentos también en que la crítica fue parte de un conjunto de discursos públicos social y políticamente significativos. Con tal noción me estoy refiriendo a aquellas instancias en las que el discurso de la crítica elabora y consolida dispositivos propios de desmonte o deconstrucción de discursos hegemónicos más amplios que el de su propio círculo, salta por fuera de las prescripciones internas de sus paradigmas epistemológicos y se articula de una manera densa a las problemáticas constitutivas de las sociedades y las culturas que le son contemporáneas, al punto de poder identificar en ellas las huellas de sus estrategias y operaciones y, aún más, de rehuir la neutralidad en su discurso y aventurarse a la crítica como práctica política. Sentido, por otra parte, coherente con el significado etimológico: *crítica* (del

griego *Kriticós*, el que juzga) derivado del sustantivo *krisis*: mutación, transformación irreversible, lucha, proceso. Sólo una praxis política logra provocar esas crisis.

Mabel Moraña sostiene que, además, la crítica posee intrínsecamente las condiciones de posibilidad de esas mutaciones que la lleva a “revisar periódicamente, en una operación autorreflexiva, sus fundamentos, los límites de su supuesta autonomía, sus agendas y alianzas con campos afines, los vínculos que la unen a los niveles *exteriores* que le brindan referencialidad, sentido histórico y valor ideológico.” (1997:10). Esos “dos ojos” de la crítica, que la lleva a sumirse en sus propios procesos de revisión y al mismo tiempo a convertirse en una caja de resonancia de las tensiones que se generan en los campos del análisis social, político, filosófico y cultural, le permiten estar en una ágil sintonía con las lógicas hermenéuticas que analizan el cambio cultural.

La crítica entre la hegemonía del canon letrado y la vanguardia

Esto no significa afirmar que la crítica latinoamericana ha estado aislada de las hegemonías culturales que la albergaron en su matriz; son muy numerosos los ejemplos de las estratégicas alianzas entre crítica y hegemonía cultural, sin la cual no se habría sostenido casi inmutable el canon letrado moderno a lo largo de más de cien años. Nacida en el siglo XIX en el contexto del proyecto ilustrado y bajo la prescripción de una función “civil” que apuntalaba la consolidación de los estados nacionales, la crítica literaria moderna fue uno de los principales relatos que coadyuvó a la formación de los aparatos ideológicos de las nacientes “culturas nacionales” dentro del marco general del pensamiento liberal-democrático, en el cual la irrupción de la modernidad cultural latinoamericana cobró más intensidad.

En las primeras décadas del XX, por ejemplo, cuando la crítica contribuyó directamente en la consolidación de las modernas culturas nacionales de la mayoría de los países de América Latina, sus vasos comunicantes afectaron las políticas culturales y educativas de un Estado muy atento a sus dictámenes, influyeron en la constitución del mercado, conformaron el imaginario de capas medias en asenso, lo que equivale a decir que la crítica marcó, junto a otros discursos, el paso de la educación republicana. Pero por sobre todo, la función civil de letrado –nos ha enseñado Angel Rama- incluía la provisión de un canon, en este caso literario, que representara

las bases ideológicas de la nación y consolidara la alianza entre la letra y el poder en el marco del proyecto ilustrado.

En su interior, la matriz de la crítica se inviste del imperativo positivista que reformula su función situándola entre un discurso que apunta a los ideales de la especificidad de cuño científicista, propio del proceso moderno de autonomización de las esferas, y otro discurso que se arroga la propiedad de ejercer desde sí la función de regulación cultural dentro del orbe político-social. Una segunda fase de la modernidad latinoamericana, más crítica de la anterior, le permitirá a este discurso tomar cierta distancia del modelo positivista en tensión con el humanismo burgués y sus respectivos fundamentos epistemológicos.

Ambos, poder letrado y proyecto ilustrado, encontraron sus primeros escollos en las vanguardias que –en lo que a la crítica se refiere– ponen en circulación nuevas agendas que impugnan el canon letrado y centrado en la nación, para activar e incluir otros sectores pertenecientes a los diversos sistemas culturales de América Latina no recogidos por el paradigma nacionalista. Las riquísimas vanguardias latinoamericanas entre otras cosas ponen al descubierto las grietas de los proyectos nacionalistas, la obsolescencia del modelo positivista, la insostenibilidad del *belletrismo* propio del humanismo burgués y, con todo ello, la imposibilidad de seguir concibiendo a la crítica como base de sustentación de cánones de representación y valores estéticos que, como decía el manifiesto de la revista *Martín Fierro* (1924-1927), “al primer pinchazo se desinflan como chanchitos”.

El avance del pensamiento crítico hacia la consideración de lo que luego se concibió como el indigenismo y el negrismo es un incipiente síntoma de esto. Estas tendencias literarias son acompañadas progresivamente por la crítica para poder dar cauce y voz a amplios sectores de las culturas internas, marginadas de la modernización y desplazadas por la rejilla de un latinoamericanismo atado al paradigma del registro culto, eurocéntrico y esencialista. Por otra parte, las convulsionadas primeras décadas del siglo, a nivel continental e intercontinental, modificaron sustancialmente un escenario en el que masivos sectores populares urbanos reclaman por su representación en la esfera política, económica y social. La literatura no estuvo ajena a ese escenario y la crítica recoge el impacto de este “realismo crítico urbano” como lo denominaría Angel Rama.

Durante el periodo posvanguardia parte de la crítica comienza un movimiento de reformulación teórica que busca nuevos cauces alternativos al humanismo liberal distanciada ya de su formulación novecentista. Un primer paso dentro de esta esfera del pensamiento la da Pedro Henríquez Ureña con sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928) y otros anteriores y posteriores¹, en los que sin renunciar a la tradición occidental busca sentar las bases de un pensamiento propio, crítico e historiográfico, que reconoce sus debilidades presentes pero alerta sobre su potencialidad futura. La obra crítica de Henríquez Ureña marca el punto más intenso y fructífero del esfuerzo del pensamiento humanista-espiritualista hispanoamericano por adecuar un universalismo jaqueado por el pensamiento nacionalista a las condiciones de la coyuntura continental.

Seguramente Mariátegui es el mejor ejemplo de la crítica que se desacopla de la matriz del humanismo liberal en la medida en que introduce el análisis marxista en sus versiones sorelianas y gramscianas con voluntad de articulación a la heterogénea realidad peruana. Mariátegui –no sólo en sus obras personales sino también desde la revista *Amauta* (1926-1930)-, si bien tiene ilustres antecesores en el americanismo literario, constituye en América Latina el primer intento de relevo teórico e ideológico orgánico del pensamiento de la cultura letrada inscrita en el humanismo liberal. El profundo proceso de autoanálisis y readecuación de los principios ideológicos y estéticos que sustentaron las bases de la crítica y la historiografía literarias hasta el periodo de entreguerras, lo lleva a un pensamiento que las articula a otra constelación completamente alejada de la que era su hábitat hasta entonces, y pone en crisis la tradición crítica a nivel nacional y continental. Tanto en el ya citado séptimo ensayo dedicado a desmontar el canon nacionalista, burgués, blanco y limeño, cuanto en las numerosas páginas de *Amauta*, Mariátegui va dando los pasos necesarios para sentar las bases de un nuevo criterio historiográfico sostenido en una periodización de nuestros propios movimientos histórico-políticos y culturales; de un diferente planteo teórico-crítico de la literatura nacional y continental, que demuestra la presencia –realmente existente- de una heterogeneidad pluriétnica, plirilingüística y multicultural desbordando el canon literario letrado de la modernidad eurocentrista; del lugar y función del intelectual en el marco de un movimiento

¹ Una buena antología de estos textos puede encontrarse en Pedro Henríquez Ureña, *La utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978. Prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot. En esta antología realizada por Gutiérrez Girardot y Angel Rama, en una suerte de homenaje a su pensamiento crítico, se reúnen un conjunto de ensayos vinculados a la reflexión sobre la crítica y la historiografía literaria.

contrahegemónico –el primer gramsciano latinoamericano bien claro lo tenía-, en fin, de un repertorio teórico, crítico y político que fue un hito insoslayable cuyos frutos colectivos pudieron verse muchos años después.

En efecto, esta crítica es claramente marginal y minoritaria hasta por lo menos mediados de siglo. Hay sólo huellas personales –el cubano José Antonio Portuondo, por ejemplo-. La tradición crítica hegemónica, refugiada en la historiografía nacionalista –Ricardo Rojas, José de la Riva Agüero, José Vasconcelos, en las primeras décadas, o en la crítica estilística de los humanistas latinoamericanos contemporáneos –Amado Alonso, Henríquez Ureña, Alfonso Reyes- fue diseñando un canon que pudiera representar los fundamentos culturales de esa “nación imaginada” (patria chica primero y luego patria grande americana, si pensamos que las literaturas nacionales fueron anteriores a las literaturas continentales). Nación, cultura y literatura, una alianza diseñada por y para el proyecto ilustrado moderno y periférico, que caracterizó a todas las instancias latinoamericanas de la primera mitad del XX y no únicamente a la literaria. Una alianza que indicaba no sólo quiénes entraban y quiénes no dentro del canon literario y cultural, sino fundamentalmente quiénes formaban parte de esa nación, quiénes constituían esa *ciudadanía* y quiénes no. Las operaciones crítico-historiográficas en su mayoría estuvieron articuladas con esa alianza neocolonial que relegó a América Latina al lugar que las nuevas hegemonías económicas y políticas de la entreguerra le habían destinado y que la guerra fría agudizó hasta sus extremos. Como repetía una y otra vez Anderson Imbert a lo largo de las numerosas ediciones de su *Historia de la Literatura Hispanoamericana* (1961): “los *ismos* que aparecieron fueron sucursales de la gran planta industrial con sede en Europa” (Tomo II, 16). Se refería a las vanguardias, pero el concepto es extensivo a la mayoría de los movimientos de la modernidad literaria latinoamericana. Lo cierto es que se abre dentro de esa hegemonía una brecha que permite una lectura materialista de los procesos culturales y literarios latinoamericanos con potencialidad -aunque no con efectiva capacidad- para disputar y desmontar la historiografía liberal y letrada, basada en definiciones esencialistas y ahistóricas del proceso continental.

Hacia una teoría/crítica literaria latinoamericana

Este estado de correlación de fuerzas dentro de los discursos críticos es el que entra en crisis a partir de los años ‘60. Más allá de los referentes internacionales por todos conocidos que

esta década aportó, el faro continental ciertamente lo constituyó el proceso iniciado a partir de la revolución cubana. Para decirlo en una frase polémica para generaciones anteriores, el “meridiano cultural de América” esta vez sí comenzó a pasar por el propio continente con el paradigma que Cuba comenzaba a extender dentro el imaginario político-cultural latinoamericano. Pero este “ciclón” político aceleró los tiempos de todos los discursos, incluido el de la crítica: la transformación en términos formales por entonces estaba ocurriendo en el verificable recambio de la Estilística por el paradigma estructuralista. Entre sus alcances podríamos destacar el intento de reconfigurar los análisis formalistas o “inmanentistas” y proveer parámetros interpretativos globalizantes del fenómeno cultural; entre sus limitaciones, podemos señalar que su falta de conexión con la especificidad de su “materia prima” –la literatura local– transformaba a estos estudios en esquemas generales de análisis sin anclaje socio-histórico. En espejo reverso, algo semejante ocurría con las perspectivas críticas provenientes del materialismo histórico que habían naufragado en un pobre “contenidismo”, con un doble pecado: deficientes análisis del texto y ausencia de un trabajo de adecuación de esquemas teóricos globales (generalmente mal copiados de la teoría marxista). En medio de esta fragilidad teórica en lo pertinente a la literatura continental, la composición del canon se mantenía casi intacto, a pesar de algunos valiosos intentos individuales o colectivos. Entre estos últimos cabe resaltar los aportes de las revista uruguaya *Marcha*, particularmente en los años ‘60 y ‘70 hasta su cierre, y la cubana *Casa de las Américas*, publicaciones conducidas en esos periodos por dos intelectuales que tendrán fuerte protagonismo en el desarrollo de la crítica posterior: Angel Rama y Roberto Fernández Retamar, respectivamente.

A partir de fines de los ‘60 y principios de los ‘70 la crítica latinoamericana –impulsada por un fuerte imperativo político– se consolida en un reclamo colectivo hacia un cambio de paradigmas teóricos, se somete a un proceso de autocuestionamiento profundo de las bases epistemológicas que la fundan, se acerca al pensamiento americanista con la idea central de atender a la especificidad de sus discursos literarios y debate sobre las condiciones de posibilidad de un estatuto teórico y crítico renovado para la literatura continental. Este sería el segundo momento del siglo en el que la crítica adquirió otro registro de articulación potente con la dimensión social y política y se identificó a sí misma como un discurso público con capacidad de intervención contrahegemónica. El discurso crítico sobre la literatura se articula notoriamente a los dos fundamentos de valor de las vanguardias de esos años: la modernización y la politización,

en un continente expuesto a la penetración de los desarrollismos modernizadores y al mismo tiempo encolumnado en los procesos de liberación. Lo nuevo y la revolución, tenían su correlato en la crítica que –como pedía Fernández Retamar- debía cronometrar sus relojes para acompañar a una literatura, en particular su nueva narrativa, que ya había demostrado estar a la altura de los tiempos. La modernización de la crítica se articuló a la politización y los más densos debates se dieron en torno a los modos en que, liberados de esquemas vetustos de “inmanentismos” y “sociologismos” precedentes -tales eran los términos de la época- podía avanzarse en la construcción de un proyecto crítico latinoamericano que contuviera incluso la posibilidad de un horizonte teórico propio. Cabe aquí una aclaración: si bien en estos años se advierte la consolidación de estas problemáticas, como tales, ya venían siendo parte de la reflexión crítica desde los años ‘60. Andrés Avellaneda (1999) sostiene, en este sentido, que en esos años hay tres grandes zonas temáticas que podrían deslindarse:

“Primero, el pensamiento sobre la historia de la literatura, o sea, el trabajo de la revisión historiográfica de la serie literaria con la premisa de replantear los principios de la periodización y, sobre todo, el papel de la contextualización en el discurso histórico sobre la literatura de la región. En segundo lugar, la cuestión de los límites del corpus y de los discursos literarios; o, mejor dicho, la discusión sobre la necesidad de ensancharlos hacia los márgenes. Y en tercer término, la preocupación por definir la especificidad del pensamiento sobre la literatura latinoamericana: la construcción de categorías y modelos teóricos apropiados, sobre todo la factibilidad de una producción de conocimiento conectada con proyectos de liberación y desarrollo propios del continente.” (556-557)

Coincidiendo con la afirmación de Avellaneda, quisiéramos no obstante advertir que, por la cantidad y densidad de su formulación, sería dable pensar en términos de proyecto articulado y colectivo recién a partir de los años ‘70. Para entonces, cierta retórica utópica comienza a decantarse en problemáticas teóricas y críticas más concretas. Conocemos los protagonistas principales de este latinoamericanismo crítico que significó un parteaguas en la reconfiguración de las perspectivas de la literatura continental de la segunda mitad del siglo XX: Angel Rama, Antonio Cornejo Polar, Roberto Fernández Retamar, Antonio Candido, Noé Jitrik, Nelson Osorio, Rafael Gutiérrez Girardot, Alejandro Losada, Carlos Rincón, Ana Pizarro, Saúl Sosnowski, Hernán Vidal, Hugo Achugar, entre los principales.

Hemos estudiado en otro trabajo más acabadamente esta generación de críticos con la hipótesis de que previo a la instalación del "latinoamericanismo internacional o transnacionalizado" en el marco de la globalización de los discursos en los años '90, el latinoamericanismo continental realizó un esfuerzo teórico y crítico sustancial, cuyos mejores resultados luego fueron absorbidos y en el mejor de los sentidos aprovechados dentro de este flujo teórico que hegemonizó gran parte del latinoamericanismo ya desterritorializado, multicéntrico y multilingüístico de la actualidad (Patiño 2006).

Tal vez por su estrecha vinculación al proyecto cultural revolucionario de Cuba y a su urgencia por expandir ese proyecto en todas las prácticas culturales, Roberto Fernández Retamar haya tenido la prioridad de vislumbrar los ejes principales de la situación de los discursos teóricos y críticos del momento. *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*² (1973) – verdadero texto maestro para la crítica posterior- abre la mayoría de las cuestiones que comenzarán a debatirse dentro de este nuevo proyecto crítico.

Más allá de las trayectorias individuales –densas e innovadoras en sí mismas- nos interesa remarcar aquí que estos críticos también participan activamente de una discusión de naturaleza metacrítica en el circuito de las revistas de crítica literaria y cultural de la época que se ampliaba por esos años en consonancia con la internacionalización de la literatura latinoamericana y su progresivo afianzamiento como área de estudios en los centros académicos metropolitanos, principalmente EE.UU. y Europa. De esos años data el surgimiento de una serie de revistas que privilegian la búsqueda de la articulación del discurso crítico con la dimensión histórico-política y social de América Latina: *Problemas de literatura* (Chile, 1973, dirigida por Nelson Osorio), *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* (Perú, 1975, dirigida por Antonio Cornejo Polar), *Hispanamérica* (EE.UU., 1975, dirigida por Saúl Sosnowski), *Ideologies and Literatures* (1977, EE.UU, dirigida por Hernán Vidal), *Escritura* (1975, Venezuela, dirigida por Angel Rama), *Texto Crítico* (1975, México, dirigida por Carlos Ruffinelli), *Punto de Vista* (1978, Argentina, dirigida por Beatriz Sarlo), que acompañan a las revistas que desde el ámbito académico (como la *Revista Iberoamericana*, iniciada en México, y continuada en Pittsburg hasta la actualidad) o desde el campo cultural (como la cubana *Casa de las Américas*, 1960), ya

² Publicado en 1975 como libro, el texto tuvo seis reediciones, la última de las cuales data de 1995, sustancialmente ampliada.

venían sosteniendo, desde diversas posturas menos sistemáticas, la necesidad de la construcción de un discurso crítico para la literatura latinoamericana. También con otras, que desde planteos semióticos avanzaban en la constitución de un corpus teórico sostenido en textos latinoamericanos, como en el caso de *Dispositio* (1976, EE.UU., dirigida por Walter Mignolo) y *Lexis*, (Perú, dirigida por Susana Reiz). Los principales responsables de estas revistas están en estrecha relación o a veces coinciden de manera personal con este conjunto de críticos, o de una generación más joven: Walter Mignolo, Saúl Sosnowski, Beatriz Sarlo, Carlos Ruffinelli, entre ellos.³

Producto de la diáspora del exilio político o de la atracción de los nuevos espacios académicos internacionales para la literatura latinoamericana, estos intelectuales se plantean por primera vez de manera colectiva las condiciones de posibilidad de un nuevo estatuto crítico para la literatura latinoamericana. Se trata de una crítica que al tiempo que debate cómo construir el valor de su discurso crea los espacios de circulación para su despliegue, espacios que ya saltan los límites mayoritariamente continentales y abarcan el espacio internacionalizado de la academia y el mercado editorial (cada vez más concentrado en EE.UU. y Europa occidental).

Los términos de esas discusiones hacia principios de los '80 marcan un doble escenario: por un lado registran un evidente diálogo con las teorías contemporáneas, principalmente el Posestructuralismo francés y la Deconstrucción, así como el incipiente avance de los Estudios Culturales anglosajones y, por el otro, registran el esfuerzo de procesar esos horizontes teóricos para pensar de manera más productiva la problemática de la así llamada “especificidad” no sólo

³ Un importante volumen de estudios vinculados a esta problemática por parte de esos críticos se publicaron en dichas revistas, entre ellos: “Teoría social de la literatura: esbozo de sus problemas” (R.Gutiérrez Giradot, *Escritura*, 1976), “La nueva narrativa y los problemas de la crítica literaria actual” (N. Osorio, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 1977), “Entre el corte y la continuidad. Hacia una escritura crítica” (N. Jitrik, *Revista Iberoamericana*, 1978), “Hacia una teoría de la literatura latinoamericana” (C. Rincón, *Texto Crítico*, 1978), “Historia de la historiografía y de la crítica literaria latinoamericana. Historia de la conciencia histórica” (C. Rincón. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 1986), “Sobre la nueva novela y la nueva crítica latinoamericana” (R. Bueno Chávez, *RCLLA*, 1978), “Notas para un debate sobre la crítica literaria latinoamericana” (H. Achugar, *Casa de las Américas*, 1979), “Para una visión culturalista de la crítica literaria latinoamericana” (Hernán Vidal, *Ideologies and Literatures*, 1980), “Bases para un proyecto de historia social de la literatura de América latina (Alejandro Losada, *Rev. Iberoamericana*, 1981), “Tendencias y prioridades de los estudios literarios latinoamericanos” (Jean Franco, *Escritura*, 1981), “Problemas y perspectivas de la crítica literaria latinoamericana” (Cornejo Polar, *RCLLA*, 1982), “Teoría literaria y desarrollo social en América Latina” (Raúl Bueno Chávez, *Hispanérica*, 1986), para nombrar sólo algunos ejemplos representativos de un corpus de alrededor de 50 artículos cuya mayor intensidad está concentrada entre mediados de los '70 y mediados de los '80.

ya de la crítica latinoamericana sino de la teoría, como lo demuestra el paradigmático texto de Fernández Retamar antes mencionado, pero también los de Cornejo Polar, Carlos Rincón, Raúl Bueno Chávez, Nelson Osorio, Alejandro Losada, entre otros.⁴ La conciencia de una crisis del estatuto y la función de la crítica tal como se venía ejerciendo hasta el momento, y la preocupación ante la *precariedad* de los insumos teóricos con que la crítica sobre la literatura hispanoamericana se había conducido hasta el momento, transitan los numerosos estudios en libros o en artículos de las revistas citadas, y llegó a ser mayoritaria entre la generación de los jóvenes críticos entre fines de los '70 y mediados de los '80.

La operación crítica colectiva de más largo alcance en el siglo XX se prolonga por un lapso aproximado de veinticinco años y se propone una reformulación y puesta en discusión a fondo de los términos teóricos en los que se había movido hasta el momento la crítica literaria latinoamericana; y es precisamente esa situación de crisis epistemológica respecto de su propio objeto –tal como lo había constituido el poder letrado dentro de la crítica- la que posibilita el avance productivo del pensamiento posestructuralista. Los aportes de Angel Rama – particularmente en *La ciudad letrada* (1984)- y los numerosos trabajos de Antonio Cornejo Polar sobre la heterogeneidad cultural⁵, aunque entroncados en las problemáticas específicas de la literatura de la región, tienen un profundo vínculo con este pensamiento contemporáneo que ya había avanzado hacia el quiebre de la noción de literatura tal como la había consolidado el proyecto letrado occidental y que concibe como insuficientes tanto los enfoques del estructuralismo literario como los análisis sociohistóricos de la literatura provenientes del marxismo clásico. Si esto conlleva en la literatura occidental una erosión y hasta una eclosión de su canon, en el caso de la literatura latinoamericana posibilitó el levantamiento de las compuertas que obturaban el paso de los flujos de la profunda heterogeneidad cultural de la región. Esto propicia el surgimiento y la incorporación dentro de la crítica de las nuevas y viejas modalidades

⁴ Entre los libros de estos autores que concentran esta preocupación pueden citarse: Antonio Cornejo Polar. *Literatura y crítica latinoamericana* (1982) y *Escribir en el aire. Ensayos sobre la heterogeneidad sociocultural en las literaturas andinas* (1994); Raúl Bueno Chávez. *Escribir en Hispanoamérica* (1991). Carlos Rincón. *El cambio en la noción de literatura* (1978). Alejandro Losada. *La literatura en la sociedad de América Latina*. Frankfurt (1983).

⁵ Cfr. “El indigenismo y las literaturas heterogéneas: su doble estatuto sociocultural”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 7-8 (1978): 7-21; “la literatura peruana: totalidad contradictoria. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 18 (1983) : 37-50. “Heterogeneidad y contradicción en la literatura andina”. *Nuevo Texto Crítico* 9-10 (1992): 103-111. “Mestizaje, transculturación, heterogeneidad”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 40 (1994): 368-371; “Una heterogeneidad no dialéctica: sujeto y discurso migrante en el Perú moderno”. *Revista Iberoamericana* LXII 176-177 (1996): 101-109.

de escritura que a la literatura latinoamericana le permite albergar una sustantiva producción marginada al estatuto de subliteratura o no literatura –aquella *ancilaridad* de la que hablaba Alfonso Reyes-. La caída de la diferenciación genérica, la relativización de las nociones autoriales, la legitimación de nuevas modalidades de escritura en la que se hibridizan el testimonio, la autobiografía, el periodismo, las crónicas urbanas, los discursos pop y de los medios, etc., son todos índices de esta transformación crítica. Casi el último ladrillo de este muro, la noción de valor literario, aquello que rige lo que los formalistas llamaban la “literariedad”, terminó por identificarse con el fundamento de un belletrismo burgués – elitista, euro y etnocentrista, urbano, patriarcal y escriturario- que había sucumbido con la “ciudad letrada” que la sostuvo. Un ladrillo polémico, como lo veremos más adelante. La envergadura de esta transformación amerita que, antes de proseguir, nos internemos al menos brevemente en algunas de las principales líneas teóricas que dialogaron con esta crítica en pleno proceso de transformación.

Estudios culturales e itinerarios teóricos en la crítica latinoamericana

En esta coyuntura podemos insertar como factor fundamental de estos cambios, el avance de los Estudios Culturales como matriz teórica dentro de los estudios literarios latinoamericanos. La prolífica reflexión reseñada en el apartado anterior en torno a la búsqueda de los modos *proprios* de absorber teóricamente los rasgos complejos de nuestras culturas y literaturas, se cruzan con esta línea de pensamiento que resultó particularmente estimulante para los críticos latinoamericanos, en la medida que permitía contener aquellas textualidades que ahora son incorporadas dentro de la noción de literatura en estricta relación con un redefinido concepto de cultura.

Un breve pero necesario movimiento retrospectivo se impone para aclarar esta articulación entre el paradigma de los Estudios Culturales y la crítica literaria latinoamericana. Esta zona de pensamiento crítico, nacida en Inglaterra en los años ‘50, se identificó e institucionalizó como *Cultural Studies* desde el *Centre for Contemporary Cultural Studies* de la Universidad de Birmingham durante su periodo de máxima producción durante los ‘60 y ‘70, y tuvo su consolidación y expansión internacional, particularmente a los EE.UU., a partir de los ‘80. Esta constelación de intelectuales conformaron a lo largo de estas décadas una zona de reformulación del marxismo conocida como la *New Left* inglesa: Richard Hoggart –fundador y

primer director de este centro- , E.P. Thompson, Perry Anderson, Stuart Hall, Eric Hobsbawm, Terry Eagleton, y Raymond Williams, una figura capital en este conjunto para los estudios literarios. Nada más alejado de este núcleo de intelectuales marxistas en los años '50 que la intención de constituir una nueva disciplina académica. Sus investigaciones apuntaban, más bien, a delimitar un nuevo campo de problemáticas interdisciplinarias que discutieran tradiciones de pensamiento en las cuales se inscribían críticamente. En efecto, la primera etapa de los Estudios Culturales parte de lo que Stuart Hall (1984) llama esa “ruptura significativa” tanto del marxismo como del estructuralismo, dentro de un conglomerado de ideas que comienza a desarticularse y a reagruparse en torno a una nueva configuración de temas considerados prioritarios: los estudios de medios de comunicación y las culturas populares, como componentes irrecusables de todo análisis de una cultura. Hemos estudiado en otro trabajo el aporte de los Estudios Culturales (Patiño 2001), pero cabría sintetizar algunas de sus principales contribuciones, en especial, aquellas que impactaron en la crítica literaria latinoamericana.

En primer lugar, es clave considerar la redefinición del concepto de cultura. Sin descartar lo realizado por la Escuela de Frankfurt y retomando muchas de sus concepciones – principalmente el valor del universo simbólico en el mundo social-, el *materialismo cultural* de estos intelectuales provenientes de la historia, la teoría política, la sociología y la teoría literaria, se basa en la convicción de que la cultura es precisamente la instancia sobre la cual pueden ser pensadas las transformaciones históricas, de que en ella se encuentran respuestas significativas para una interpretación materialista de la sociedad. Críticos de las concepciones deterministas que arrojaban para los estudios de la cultura los esquemas derivados de la dicotomía base/superestructura -es decir, que los procesos económicos determinan los ideológicos- los culturalistas ingleses sostenían que los procesos culturales son parte constitutiva de los procesos materiales. Una de sus motivaciones centrales fue, precisamente, la afectación de los mecanismos deterministas de los procesos sociales y culturales presentes en los estudios marxistas del momento. Esto implica sostener un concepto de cultura mucho más complejo y dinámico, alejado de las circunscripciones que le imprimieron tanto el idealismo, vinculado a la concepción *belletrista*, como el materialismo del marxismo determinista, en el cual la cultura es el producto de las condiciones materiales de producción.

La consecuencia inmediata de esta complejización es sostener que las prácticas y producciones culturales no son una mera expresión o resultante ni se derivan de un orden social

ya constituido sino que son, en sí mismos, elementos constitutivos de ese orden. En notoria tensión con la ortodoxia de la teoría marxista -en particular la que desde los años '30 se dispersaba a partir de las *teorías del reflejo* y sus sucesivas teorizaciones desde la matriz del realismo socialista, pero también la que provenía del estructuralismo althusseriano- dicha reconfiguración permite acuñar a los culturalistas ingleses esta idea de que el orden cultural es un componente capital en el entramado de los procesos sociales, con el cual tiene una relación compleja, dinámica y conflictiva, y cuya especificidad hay que determinar en cada caso renunciando al mecanicismo de la doxa, en una perspectiva que recupera la visión historicista y la centralidad de los sujetos en esos procesos. En el estudio de esta relación consiste, propiamente, el análisis cultural. Esta concepción ya no permite la partición binaria entre alta y baja cultura, ponderando la primera, sino que la expande hacia límites que, en algunos casos los mismos culturalistas van visto como demasiado amplios. Fue Williams el encargado de trabajar a fondo este término, particularmente en *Marxism and Literature* (1977) y *Culture* (1981). En estos textos y en otros, como *Politics and Letters* (1979) y *Problems in materialism and Culture* (1980), fue sucesivamente afinando dicha noción que será central para esta matriz teórica ya que está imbricada con/en todas las prácticas sociales y es la suma de sus interrelaciones y no solo las vinculadas a la restrictiva alta cultura. Esta noción de cultura trasciende las nociones elaboradas por la moderna antropología cultural (como un sistema general de creencias, valores, etc.) y se expande a un sistema que es refractario a la consagración de valores absolutos dentro de un orbe cultural cerrado y homogéneo sino más proclive a insertar la cultura en una nueva matriz que incorpore, principalmente, la cultura de masas, la vinculada a la industria cultural, que dejó de ser un fenómeno secundario o vector ideológico de la cultura dominante, al estilo frankfurtiano, para convertirse en un proceso en permanente cambio y conflicto.

Siguiendo a F. Jameson (1991) es dable incluir la empresa de los Estudios Culturales en el marco general de la disgregación del modelo weberiano de las esferas autónomas o semi-autónomas que, como el arte y la cultura, se distanciaban de la razón instrumental de la modernidad. En este nuevo escenario se desploman las fronteras entre esas esferas y la cultura se reconoce como una dimensión central del mundo social. Los Estudios Culturales, en este sentido, convergen con este fenómeno en la medida en que son potenciales fuentes de esa nueva "cartografía cognoscitiva". Asimismo, sucede un fenómeno semejante con la disgregación de las esferas disciplinarias de las humanidades y las ciencias sociales que los Estudios Culturales van a

aprovechar. Román de la Campa (2000) registra, entre otros aspectos comunes en estos campos de estudios, el “quiebre disciplinario” y la “diseminación teórica” y se preocupa porque los Estudios Culturales pueden, en cruce con las teorías posestructuralistas, particularmente la Deconstrucción, perder el anclaje con las prácticas culturales concretas que fueron la base de los estudios ingleses. Afirma de la Campa:

“Uno de los grandes desafíos para los estudios culturales será un sondeo de posibles reencuentros disciplinarios entre la producción empírica y la confección discursiva. Sin ellos atendemos a una posmodernidad que solo respeta los datos económicos y la especulación epistémica, o los junta en un nuevo orden de saber anclado exclusivamente en la revolución digital, la bolsa y la indeterminación epistemológica.” (79-80)

A mediados de los años ‘80, comienza incipientemente un proceso de desplazamiento de los Estudios Culturales a otras zonas intelectuales y académicas, en particular a Estados Unidos. El impacto fue notorio en todos los departamentos de humanidades y, debido al crecimiento de los estudios literarios latinoamericanos en la academia norteamericana, la articulación con los Estudios Culturales fue progresivamente instalándose en ellos. Las teorías posestructuralistas en sus diversas vertientes así como el paradigma de los Estudios Culturales fueron conformando de manera creciente la base teórica para la reformulación del canon literario latinoamericano moderno y su integración en un universo cultural ampliado en el cual ya no detentaba ningún tipo de hegemonía. En el marco de la crisis epistemológica de las humanidades y de sus cuestionados métodos de estudio, la crítica literaria recibió, al mismo tiempo, el impacto de la obsolescencia abrupta de sus métodos específicos y el desafío de hacerse cargo de un espectro amplio de enfoques teóricos que provenían de las humanidades y las ciencias sociales para atender a los nuevos objetos que convergían en su matriz ampliada hacia bordes casi indefinidos. Los Estudios Culturales fueron la cultura teórica que mejor preparada estaba para absorber desde la academia norteamericana esa redefinición, sea porque atravesaba transversalmente todas las disciplinas humanísticas y eso traccionaba a los estudios latinoamericanos dentro de esa tendencia, sea porque éstos tenían un rasgo intrínseco en su conformación cultural fuertemente heterogénea que los hacía especialmente proclives a este enfoque. Otros factores específicos de recepción dentro del universo político-universitario explican este fenómeno. John Beverley (1996) señala algunos de los principales: el acceso a las cátedras universitarias de la “generación del ‘60” y su pensamiento cercano a la nueva izquierda en el momento de significativa expansión

demográfica del sistema universitario; sin embargo, este movimiento se realiza en franca contradicción con un proceso político conservador como el protagonizado por Reagan en EE.UU. o Thatcher en Gran Bretaña. Beverley no atribuye este triunfo a una batalla ideológica sino a que las administraciones de las universidades sencillamente no vieron viable ni sostenible una estructura académica compartimentada y sin entrecruzamientos disciplinarios. Como sostiene Beverley,

“En el nacimiento de los estudios culturales, por lo tanto, había una coincidencia entre un proyecto izquierdista de trasladar la agenda de los sesenta a la universidad –criticar las disciplinas, democratizar estructuras, modificar requisitos, dismantelar el canon, crear nuevos espacios para trabajar con más libertad- y un proyecto neocapitalista de reforma y modernización educacional.” (459)

Entre mediados de los ‘80 y fines de los ‘90, se producen tanto los registros concretos de la hegemonía de los Estudios Culturales y de su inserción en la crítica de/sobre la cultura y la literatura latinoamericanas como también sus espacios de debate e impugnación.⁶ La densidad y amplitud del debate tuvo que ver, además, con este nuevo escenario del “latinoamericanismo internacional”, “**transnacionalizado**”, o “diaspórico”, en el que confluían críticos latinoamericanos y extranjeros provenientes de academias diversas (latinoamericanas, norteamericanas y europeas), discutiendo, como anota Moraña, “el avance de los estudios culturales como nueva estrategia analítica y transdisciplinaria dentro y fuera de América Latina” (2000: 222). Pero al mismo tiempo, no son pocos los críticos que vieron en esta estrategia una aún más englobante, esto es, una posibilidad de tomar estos estudios como un paradigma de relevo, teórico pero principalmente político, para aquellos intelectuales que por esos años, o aún antes, pasaban del marxismo al posmarxismo y encontraban en los culturalistas de la nueva izquierda inglesa una zona de reflexión estimulante para reformular sus propios reacomodamientos ideológico-políticos. En ese sentido, cabe señalar que no fue en la academia

⁶ Esta hegemonía en la academia norteamericana puede detectarse no sólo en el cambio en la curricula de cursos y estructuras departamentales sino también en los programas de los Congresos de LASA (Latin American Studies Association), durante esos años, particularmente el de Guadalajara (1997), los encuentros académicos en torno a ese tema y sus posteriores publicaciones (Moraña 2000), la publicación de números monográficos de las revistas especializadas (Rincón y Schumm, 1995; Moraña 1996), o revistas completas dedicadas al tema (*Journal of Latin American Cultural Studies*), entre muchos otros ejemplos. Algunos textos individuales y colectivos que convergen en este debate son: Mazzotti y Cevallos Aguilar (1996), Cornejo Polar (1994 y 1997), Franco Carvalhal (1994), Mignolo (2003), Sarlo (1997), Castro Gómez y Medieta (1998), Palermo (1999 y 2005), Richard (2000 y 2001), Martín Barbero y Helinghauss (2000), Gruner (2002), entre otros.

norteamericana donde se realizó por primera vez este movimiento; al menos con unos años de anticipación los intelectuales y críticos del cono sur en pleno proceso dictatorial, realizaron una operación de lectura del culturalismo inglés en clave latinoamericana que puede fecharse en los últimos años de la década del '70 y primeros del '80, por medio de la cual se configuró un horizonte nuevo para los enfoques socio-históricos de la literatura. Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano y en general todo el colectivo de la revista argentina *Punto de Vista* (1978-2008) protagonizaron este importante dispositivo de relevo teórico-crítico con anclaje en una estrategia de reorganización política (Patiño 1999).

En los números de los primeros años '80 ya es posible detectar a través de entrevistas, notas específicas y estudios concretos de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano el impacto de los estudios culturales en los intelectuales posmarxistas argentinos. La coyuntura de recepción de estos estudios en el sur sirvió para procesar nuevas formas de la crítica en la literatura argentina que prontamente impactaron en la región. A la hora de tomar nota de los impactos de los Estudios Culturales provenientes de la mediación norteamericana el campo de recepción local ya estaba abonado. Sarlo (en Moraña 2000) sintetiza este proceso, particularmente centrado en la lectura de Williams, del siguiente modo:

“la lectura de Williams sostuvo entonces, una doble operación. Por un lado, de apertura . del espacio de la crítica literaria y de la sociología de la literatura hacia la crítica y la historia cultural, incorporando nuevos objetos (literatura popular y medios de comunicación) y nuevas perspectivas (sociología de las letras, análisis cultural). Por el otro, significó una revisión de posiciones ideológico-políticas que nos proporcionó argumentos para la crítica a las formas más extremas de la izquierda revolucionaria latinoamericana (de la que habíamos formado parte).” (310)

Por su parte, la *Revista de Crítica Cultural* (1990-2008), dirigida por Nelly Richard, nace en Santiago coincidiendo con la recuperación democrática en Chile, precisamente para generar desde el sur un espacio de interlocución del “debate teórico y cultural de América Latina”. La revista chilena sintonizó con mayor atención estos debates que la argentina y pueden encontrarse en ella varios números dedicados a estos debates.⁷ Un caso emblemático de publicación que

⁷ Pueden consultarse especialmente los tres volúmenes editados por Nelly Richard, *Debates críticos en América Latina* (2008, 2009) que recogen los artículos y ensayos de la *Revista de Crítica Cultural* referidos a las siguientes problemáticas: Vol. I: Autoritarismo, posdictaduras y transiciones democráticas, Esfera pública, imaginarios sociales

actuó entre los dos espacios de debate en esos años es la *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* que ya hemos mencionado al comienzo de este trabajo. Ligada en su fundación a Antonio Cornejo Polar, siguió la trayectoria del crítico desde sus primeros números en Lima, hasta el itinerario que realiza en los años '80 y hasta su fallecimiento en 1997 por el sistema universitario norteamericano, itinerario que es continuado por su actual director, Raúl Bueno.⁸ Precisamente por esa misma doble condición de pertenencia, tal vez sea esta revista la que con mayor precisión ha podido captar las tensiones y las diversas posiciones de “ambas orillas” teóricas, críticas y literarias con fronteras cada vez más porosas. También, y en otro sentido, es sintomática de una trayectoria diaspórica –simbolizada en Cornejo Polar– que muchos intelectuales de valía tuvieron que emprender fuera del continente no ya acuciados por las dictaduras sino por las profundas crisis económicas de los '80 y los procesos neoliberales de los '90.

Estudios Poscoloniales y crítica del latinoamericanismo literario

Otras de las líneas teóricas importantes que impactaron en el discurso crítico latinoamericano han sido las de los Estudios Poscoloniales y las de la Subalternidad. María José Sabo en el trabajo incluido en este libro da cuenta de estos recorridos de modo que no nos explayaremos en ellos. Pero cabe aquí al menos consignar que, en paralelo al desarrollo de la línea de los Estudios Culturales, se expande asimismo dentro de este espacio de un latinoamericanismo fuertemente impactado desde los centros académicos no latinoamericanos, un conjunto de reflexiones nacidas también en el espacio anglosajón en torno a lo que se denominó Estudios Poscoloniales. En sentido lato, este término abarca el análisis de los efectos de la colonización europea en todas las culturas del mundo sujetas a ese proceso, aunque cabe decir que su nutrido corpus de obras no registra en su reservorio los aportes de estos análisis más allá de lo que fue el *Commonwealth* inglés. La ausencia de las contribuciones de América Latina son ostensibles de modo que toda teorización en torno a esta región quedó en manos de aquellos que vieron en ellos un paradigma *macro* que permitiera pensar lo propio. Como en el caso

y discursos de otredad; Vol II:Trasformaciones universitarias y cruces de disciplinas, De la Batalla de Chile a Salvador Allende; Vol III: Historia y memoria(s), En torno a lo político.

⁸ Como informa la página web de la revista: “a partir del N° 26, la revista pasa a ser auspiciada por la Universidad de Pittsburgh, en la que el director es entonces profesor regular. Luego éste pasa a Berkeley y la revista es, desde el N° 39 y hasta el 48, auspiciada por esa universidad. En 1997 pasa a la dirección de Raúl Bueno, en Dartmouth College, y desde el 2010 la auspicia Tufts University, donde enseña su actual Director”.

anterior, los Estudios Poscoloniales se nutren de aquella diseminación teórica que reúne a un conjunto interdisciplinario de enfoques que provienen de las humanidades y las ciencias sociales, la crítica literaria entre las principales. Su centro de desarrollo no es el tercer mundo, es decir, el conjunto de naciones sometidas al proceso de colonización histórica en el periodo moderno sino, por el contrario, el espacio más selecto del primer mundo, el de sus elites académicas, en particular las del orbe anglosajón en cuyo seno se educan y enseñan importantes representantes de ese mundo colonizado. De hecho, sus más importantes referentes son Ranahit Guha, Homi Bhabba, Gayatri Spivak y Edward Said, indios los tres primeros, palestino el último.

No vamos a extendernos en los contextos más amplios de estos estudios sino remitirnos particularmente al ámbito de los estudios literarios y el impacto que tuvieron en la crítica latinoamericana.⁹ Un primer elemento de vinculación reside en que los Estudios Poscoloniales surgen como espacio de revisión radical de las narrativas anticolonialistas y del rol de los intelectuales en esta crítica. Castro Gómez y Mendieta (1998) señalan la coincidencia entre el significativo desarrollo que desde los '70 se verificaba en los estudios de la literatura colonial hispanoamericana y estos nuevos enfoques que mostraban una notoria afinidad con el Posestructuralismo y la Deconstrucción, principalmente, líneas que ya habían sido incorporadas en los estudios literarios de ese corpus desde hacía una década. Los autores señalan que, en esa convergencia, se percibió un terreno fértil para un “replanteamiento de los estudios coloniales hispanoamericanos.”(21)

Sin embargo, el paradigma de los Estudios Poscoloniales fue percibido por muchos de sus propulsores como un universo interpretativo que podía y debía englobar no sólo el periodo colonial sino todo el proceso histórico que llega a la contemporaneidad. En la medida en que estos estudios permiten una crítica radical al pensamiento occidental moderno (Nietzsche, Freud, Lacan, Foucault, Deleuze, Derrida) y señalan su complicidad con la voluntad de poder y sometimiento, es posible desarrollar una crítica de los modos en que fue elaborado el pensamiento anticolonialista dentro de los mismos parámetros de la metafísica occidental. Castro Gómez y Mazzotti señalan dos aspectos de profundización en los poscolonialistas: por un lado, el vínculo entre la razón occidental moderna y el proyecto europeo de colonización y, por otro, la dificultad de todo discurso anticolonial, emancipatorio, de construirse *por fuera* de ese paradigma sino a costa de reproducir, paradójicamente, las mismas categorías que pretende

⁹ Para un panorama general de estos estudios, véase Mellino (2008)

combatir si no media un fuerte movimiento de autorreflexión crítica. En ese sentido, *Orientalism* (1978) de Edward Said, ya había marcado el camino de esa concepción.

Es en este punto donde se centra el debate sobre el intento de los Estudios Poscoloniales Latinoamericanos que Castro Gómez y Mendieta compilan en el volumen de 1998 y ubican el debate entre la “poscolonización de lo latinoamericano” o la “latinoamericanización de lo poscolonial”. En efecto, se produce desde esta matriz teórica una fuerte crítica en el interior del latinoamericanismo, en particular a su modernidad letrada en la medida en que ésta constituyó su propio locus de enunciación en tensión pero dentro de los parámetros de ese horizonte. Por lo tanto, urge una visión que revise ese discurso y lo resitúe dentro de esta nueva conformación teórica. En oposición a esta perspectiva, se encuentran los críticos que, como Mabel Moraña, Hugo Achugar o Nelly Richard, entre otros, diferencian entre “hablar *desde* y hablar *sobre* América Latina, en donde la primera preposición no alude sólo al lugar geográfico sino fundamentalmente epistemológico. En este caso, estaríamos frente a una “nueva forma de teorización metropolitana *sobre* Latinoamérica que ignora las tradiciones de lectura y las memorias históricas articuladas *desde* Latinoamérica misma” (27), en una nueva forma de colonialismo o de “panamericanismo teórico” (Achúgar), proveniente de una máquinaria omnicompreensiva, una “internacional académica” que conecta sin mediaciones los saberes locales con los globales, ligados a los aparatos institucionales (Richard) y, en ese sentido, esta práctica es tan condenable en el norte como en el sur.

El intento más cercano de anclar los Estudios Poscoloniales a la tradición del latinoamericanismo literario la ha realizado Walter Dignolo. Su principal contribución a los estudios Poscoloniales desde América Latina, *The Darker Side of the Renaissance* (1995), dio paso a una práctica y un discurso más *situado*. El interés por crear un *locus de enunciación* teórico regional crítico del occidentalismo, lo lleva a auscultar en la historia del pensamiento anticolonialista americano y configurar una teorización que él denomina “Posoccidentalismo”, apelando al término acuñado anteriormente por Roberto Fernández Retamar (Dignolo 1995, 1996, 1998). El crítico impulsa desde esta zona de reflexiones el grupo Modernidad/Colonialidad junto a críticos latinoamericanos vinculados al pensamiento filosófico de Rodolfo Kusch y de Enrique Dussel. Una zona de interlocución que comparte con Zulma Palermo, Catherine Walsh, Aníbal Quijano, Arturo Escobar, Santiago Castro-Gómez, Edgardo Lander, entre los

principales.¹⁰ Dentro de una crítica a la “geopolítica del conocimiento”, avanzan en la voluntad de construcción de lo que llaman “un paradigma otro”, diferenciado y resistente al que la modernidad entronizó en el pensamiento europeo y que el sistema colonial impuso a lo largo de su hegemonía.

La intervención de los Estudios Poscoloniales en los estudios literarios latinoamericanos, además de este fuerte debate que, en definitiva, pone en evidencia la lucha por las políticas de conocimiento sobre América latina y sus dispositivos discursivos, trajo aparejada por otra parte una profunda renovación en la crítica de la literatura del periodo colonial, y un desafío para la reformulación de las herramientas teóricas que rigen la crítica emancipatoria en América Latina, uno de cuyos desprendimientos fue la constitución del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos (1995), como instancia crítica alternativa a los Estudios Culturales y Poscoloniales.

Un latinoamericanismo desterritorializado y multicéntrico

La década del ‘90 marca el inicio del momento de constitución, convergente con el inicio de la globalización, de un latinoamericanismo desterritorializado, multicéntrico, con los anclajes locales debilitados en sus instancias materiales e intelectuales de producción. Pero, aún con el escenario que diseñamos más arriba, hay también que señalar que, a fines de los ‘80 y principios de los ‘90, esta crítica no es todavía un discurso hegemónico o vastamente diseminado, al menos no en todas las esferas académicas de estudio de la literatura latinoamericana dentro y fuera del continente. Si bien son verificables indicadores de apertura de la matriz del latinoamericanismo literario a las expresiones que se habían mantenido al margen del canon letrado, la crítica literaria y cultural, particularmente la de la región, todavía se mantiene dentro de los parámetros laxos de lo que la modernidad latinoamericana había configurado como literatura con señales claras de apertura de su canon. Es notoria, además, una autoconciencia de la crítica en esa operación que, al tiempo que se reformula también sienta los mojones de su consolidación como cuerpo organizado, de alta productividad particularmente a partir de la generación crítica de los ‘60-‘70. La voluminosa antología crítica de cuatro tomos editada por Saúl Sosnowski para la Biblioteca Ayacucho (1996-1997) –pero finalizada a principios de los ‘90- da cuenta clara de

¹⁰ Cf. Palermo (2005), Castro Gómez (1996, 1999), Lander (2000 a y b).

esta densidad y diversidad alcanzada en ese momento por un discurso que ya evidenciaba en sus distribuciones no sólo teóricas sino también geográficas, las diversas temporalidades de recepción, apropiación, reformulación o tensión con los demás discursos que estudiamos.

Cabría ensayar algunas hipótesis para esto relacionadas con la coyuntura regional a mediados y fines de los '80. Construida en los momentos de fuerte pulsión centrípeta, atenta al desideratum de crear un discurso crítico que acompañara los procesos densos y agudos que le tocó vivir al continente –desde los procesos revolucionarios hasta las dictaduras y posdictaduras–, la articulación fuerte de la crítica a las problemáticas de la posmodernidad en el continente, tuvo que esperar aún unos años más. En ese sentido, podría pensarse la crítica de este periodo como un discurso con vocación articuladora de un campo fracturado en sus discursos y en sus prácticas, cuidadoso de alertar sobre las complejidades de una “heterogeneidad de base” (Cornejo Polar), pero todavía preocupado por mantener el mapa religado a partir de grandes esquemas (Losada, Osorio, Pizarro, entre los principales) que no hicieran perder de vista la unidad “en última instancia”.

Este es el escenario que se desmantela en torno a la década del '90. Momentos cruciales en el mundo finisecular marcan también esta etapa que reconfigura el destino de la región: la caída de muro del Berlín y el bloque soviético, con la consecuente crisis de los marxismos no sólo teóricos sino reales, internacionales pero también locales –pensemos en el derrumbe de la revolución nicaragüense en 1989–; el inicio del proceso de globalización económica en el marco del capitalismo transnacionalizado y la inserción de América latina en el marco de democracias neoliberales que afectaron significativamente los espacios público-estatales, en especial los educativos; el avance vertiginoso de los medios electrónicos y las instancias comunicacionales que se abren a partir del surgimiento y expansión de internet, fueron todos cambios que repercutieron de diversos modos en los pilares de la crítica.

En el periodo que se abre en 1990 con la publicación de *Culturas híbridas* (1989), de Néstor García Canclini, otro texto maestro de la crítica cultural latinoamericana de entonces, ya es posible advertir algunos hitos: la progresiva pérdida de la hegemonía de la cultura letrada y la relocalización y radical centralidad de la noción de cultura provista principalmente por los de una esfera transdisciplinaria compuesta por los estudios culturales, la antropología cultural y la sociología de la cultura, entre las principales; la inserción y el aplanamiento de la literatura en

el universo de la cultura de masas, la cultura popular, la cibercultura, entre otros horizontes contemporáneos; el desplazamiento y los quiebres transdisciplinarios como condición de abordaje de los estudios literarios; un cambio en la agenda del crítico que encontraba un nuevo repertorio teórico alternativo para afrontar nuevos objetos tras la fractura de la hegemonía letrada moderna en torno al canon literario vigente hasta entonces.

Para mediados de los '90, nos encontramos ya en la fase de confrontación de posiciones, de verificación de los impactos y alcances reales de los paradigmas posmodernos en la crítica regional, luego de la etapa celebratoria de las deconstrucciones de la modernidad propia de los '70 y los '80, que coincide también en un periodo de reajuste de presupuestos teóricos de sus referentes generales. Cornejo Polar hasta su fallecimiento, Silviano Santiago, Renato Ortiz, Jean Franco, Nelly Richard, Mabel Moraña, Hugo Achugar, John Beverley, Walter Mignolo, Ileana Rodríguez, (estos tres últimos miembros del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos), Beatriz Sarlo, George Yudice, entre los principales, son los actores de una muy importante cantidad de debates que se llevan a cabo a partir de la crisis y paso del marxismo al posmarxismo de la mayoría de estos intelectuales.

En la región, en lo que concierne al espacio de la producción crítica y a sus condiciones de posibilidad, el agudo proceso neoliberal genera un escenario paradójico: al tiempo que se globaliza el estudio de lo latinoamericano, sus obras entran al canon occidental y se abren aún más espacios en las academias extranjeras para su estudio, en la región la capacidad de la crítica literaria y cultural para producir desde espacios institucionales afectados por el estrangulamiento del Estado y la liberalización de la educación superior, sufre un visible deterioro. En efecto, si en los últimos treinta años del siglo XX se produjo más crítica sobre la literatura latinoamericana que en el resto del siglo, una muy importante cantidad de ella se hacía, ya para estos años, fuera de América Latina e incluso fuera de sus propias lenguas, en particular, en inglés.

El ensayo ya clásico de Cornejo Polar, “Mestizaje e Hibridez, el riesgo de las metáforas” (1997) –texto emblemático de la época- es un registro claro de esta situación.¹¹ “Las cuatro quintas partes de las revistas del mundo donde se trata la literatura latinoamericana se publican en Estados Unidos”, añade Carlos Rincón. De allí que surgiera de manera significativa en los

¹¹ Para un análisis del impacto de este texto, véase: Mabel Moraña: “De metáforas y metonimias: Antonio Cornejo Polar en la encrucijada del latinoamericanismo internacional”, en Moraña (ed) (2000).

discursos críticos “desterritorializados” el problema del *locus de enunciación*, es decir, la necesidad de explicitar *desde dónde se escribe*, desde qué lugar no solo teórico sino geopolítico, se emite un discurso crítico-hermenéutico sobre el cuerpo de textos culturales latinoamericanos. Como afirma Moraña,

“Ya no se trata de que, echando mano a una dicotomía esencialista, el intelectual se sitúe frente a –o del lado de- la otredad para aprehenderla, teorizarla o reivindicarla, sino de que descubra en su propia gestión tanto como en su objeto de estudio las marcas de alteridad que afectan su trabajo y su posición de sujeto que interpela y es interpelado por discursos que condicionan sus formas de ejercer el conocimiento y la praxis cultural” (1997:17)

Una muy importante cantidad de publicaciones de la época en diferentes lugares dentro y fuera del continente acuerda en que resulta ya necesario discutir la validez de un pensamiento crítico latinoamericano en estricta relación con el lugar de enunciación, tal como lo registrábamos para el caso de los Estudios Poscoloniales, pero que también es pertinente para los demás registros teóricos posmodernos. El problema excede la pluralidad preposicional con la que han solido titularse muchos artículos y libros sobre la crítica cultural latinoamericana de entonces. Desde dónde, desde qué lugar geográfico/institucional/epistemológico, se produce el conocimiento *sobre* América Latina, parece ser más que nunca en la época de una academia migrante y diaspórica un parteaguas que algunas teorías intentan suturar a través de "epistemologías fronterizas" (Mignolo). Parte de los debates se concentran en la pregunta sobre si estamos dispuestos a sostener que el único pensamiento crítico válido es aquel que se inscribe en el arraigo de la experiencia "situada" dentro de la cultura y que de ella y sólo de ella pueden derivarse horizontes epistemológicos válidos o, por el contrario, si estamos dispuestos a pensar en la posibilidad de entrecruzamientos teóricos que, nacidos de otras experiencias culturales semejantes o disimétricas, permitan también pensar las nuestras, en la convicción de que eso no debilitaría nuestra capacidad de pensar fenómenos propios. ¿Qué pasa cuando se teoriza no sólo *sobre y para* América Latina sino *por/en nombre de* un continente al que se asume como incapaz de generar los propios parámetros de conocimiento cultural? El temor a renovar, en nombre de un nuevo discurso emancipatorio, la lógica capitalista (tardo capitalista ahora) y colonialista por la cual América Latina no es un espacio de producción de conocimientos sino solo proveedora de

materias primas para su estudio, sobrevuela en muchos de sus críticos. En este caso, se perpetúa la idea, nacida en la conquista, de América como la página en blanco, como cuerpo desnudo, lugar del *otro*. En todo caso, se trata de la reedición de una vieja cuestión con instrumentos nuevos y que se interroga por el privilegio epistemológico de ciertos lugares de enunciación teóricos, críticos, académicos, editoriales, que se mantienen o se refuerzan en la globalización.

La disputa por el locus de la representación e interpretación cultural es sin duda uno de los parteaguas del debate porque está en juego la posición de América Latina en el mapa gnoseológico de la crítica cultural. Redistribución de nuevas cartografías de saberes académicos, desplazamientos de tradiciones teóricas, rearticulaciones transdisciplinarias, mutación de comunidades críticas y recolocación de teorías hegemónicas, son parámetros a cruzar para detectar el abrupto cambio de rumbo que analizamos en los discursos críticos latinoamericanos más recientes. En ese sentido, la crítica del latinoamericanismo literario y cultural no es ajena en absoluto a los fuertes virajes del pensamiento crítico contemporáneo, que había comenzado tres décadas antes y que abre las puertas a todas las variantes del posmodernismo. Estos discursos teóricos entroncados en el paradigma de la posmodernidad y dentro de lo que Jamenson ha definido como “nueva norma cultural sistémica” (1992, 20-21), ponen en jaque la supervivencia de los restos de la crítica literaria tal como se la concibió hasta entonces, toda vez que la noción de su objeto de estudio quedó sepultado en las ruinas de la crítica de la modernidad letrada.

Hemos intentado hacer un recorrido introductorio sobre los diferentes momentos y desafíos de algunos de los itinerarios de la crítica literaria latinoamericana en un período (1970-2000) que fue el más intenso y activo de su historia. Lo hicimos bajo expresa renuncia a toda vocación totalizadora y omnicompreensiva de la vastedad de sus diversas expresiones; nos guió más bien el propósito de abrir al lector el escenario discursivo en el cual los estudios que componen este libro han tenido lugar, un escenario que requiere un estudio cada vez más consciente de que en las *escrituras latinoamericanas*, la literatura, la teoría, la crítica forman parte del mismo entramado.

BIBLIOGRAFIA CITADA

ANDERSON IMBERT, Enrique 1961. *Historia de la literatura hispanoamericana*. México: FCE.

AVELLANEDA, Andrés 1999. "Desde las entrañas: Revistas de y sobre Latinoamérica en los Estados Unidos". En Saúl Sosnowski (ed.) *La cultura de un siglo. América Latina en sus revistas*, Buenos Aires: Alianza.

BEVERLEY, John (1996). "Sobre la situación actual de los estudios culturales". En Mazzotti y Zevallos Aguilar (coords.) *Asedios a la heterogeneidad cultural*. Filadelfia: Asociación Internacional de Peruanistas.

BUENO CHÁVEZ, Raúl 1991. *Escribir en Hispanoamérica. Ensayos sobre teoría y crítica literarias*. Lima-Pittsburg: Latinoamericana Editores.

CASTRO GÓMEZ, Santiago (1996). *Crítica de la razón latinoamericana*. Barcelona: Puvill Libros.

CASTRO-GÓMEZ, S. y Mendieta (Coord.) (1998) *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*, México: Univ. of San Francisco/Miguel Angel Porrúa.

CASTRO GÓMEZ, Santiago (1999) "Introducción. Poscolonialismo o la crítica cultural del capitalismo tardío"; en Castro-Gómez, Guardiola Rivera y Millán de Benavides (Ed.), *Pensar (en) los intersticios*.

--- *Teoría y práctica de la crítica poscolonial*, Bogotá: Univ. Javeriana, Inst. Pensar: 9 –19.

CORNEJO POLAR, Antonio (1982). *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Caracas, Universidad Central de Venezuela.

--- 1994. *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*, Lima, Horizonte.

--- 1997. "Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas", *Revista Iberoamericana* (Pittsburgh) N° 180, Julio-Septiembre.

FRANCO CARVALHAL, Tania (coord.) 1994. *O Discurso Critico na A. Latina*, Porto Alegre:UNISINOS.

FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto 1995. *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Primera edición completa. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo

GARCÍA CANCLINI, Néstor 1989. *Culturas híbridas; estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo

GRÜNER, Eduardo 2002. *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*. Bs. Aires: Paidós.

HALL, Stuart 1981. "Cultural Studies-two Paradigms". En T. Bennet, G. Martin, G. Mercer y J. Woollacott. (eds.). *Culture, Ideologies and Social Process*. Londres: Open University-Batsford.

JAMENSON, Frederick 1992. *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Buenos Aires: Paidós.

LANDER, Edgardo (coord.) 2000a. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Bs. Aires: CLACSO.

--- (2000b) "¿Conocimiento para qué? ¿Conocimiento para quién? Reflexiones sobre la universidad y la geopolítica de los saberes hegemónicos". En Castro Gómez (ed.) *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina*, Bogotá: Univ. Javeriana, Int. Pensar, 49 –70.

LOSADA, Alejandro 1983. *La literatura en la sociedad de América Latina*. Frankfurt: Vervuert.
MARTÍN-BARBERO, Jesús y Herlinghaus 2000. *Contemporaneidad latinoamericana y análisis cultural. Conversaciones al encuentro de W. Benjamin*, Madrid –Frankfurt: Iberoamericana – Vervuert.

MAZZOTTI, José Antonio y J. Zevallos Aguilar (coord.) 1996. *Asedios a la heterogeneidad cultural*. Philadelphia: Asociación Internacional de Peruanistas.

MELLINO, Miguel 2008. *La crítica poscolonial*. Buenos Aires: Paidós.

MIGNOLO, Walter 1995. "Occidentalización, imperialismo, globalización: herencias coloniales y teorías postcoloniales", *Revista Iberoamericana*, nº 170 –171: 27 –40.

--- 1996. "Posoccidentalismo: las epistemologías fronterizas y el dilema de los estudios (latinoamericanos) de áreas", en *Revista Iberoamericana*, LXII, 176 –177 (julio-dic.): 679-96.

--- 1998. "Posoccidentalismo: el argumento desde América Latina". En Santiago Castro-Gómez, Eduardo Mendieta (eds.) *Teorías sin disciplina: Latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*, México: University of San Francisco/Miguel Angel Porrúa.

--- 2003a. "Las humanidades y los estudios culturales. Proyectos intelectuales y exigencias institucionales", en Walsh, Catherine (ed.), *Estudios culturales latinoamericanos. Retos desde y sobre la región andina*, Quito: Abya Yala –Univ. Andina Simón Bolívar, 31 –58.

--- 2003b. *Historias locales, diseños globales: colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Akal, Madrid

MORAÑA, Mabel (ed) 1996. *Crítica cultural y teoría literaria latinoamericanas*. *Revista Iberoamericana*, LXII, 176-177.

--- 1997. "Crítica Literaria y globalización cultural". *Papeles de Montevideo*, No. 1, 1997.

--- (ed) 2000. *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*. Santiago: Editorial Cuarto Propio/Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.

PALERMO, Zulma (ed) 1999. *El discurso crítico en A. Latina, II*, Bs. As.: Corregidor.

--- 2005 *Desde la otra orilla. Pensamiento crítico y políticas culturales en América Latina*. Alción Editora: Córdoba.

PATIÑO, Roxana 1999. "Discursos teóricos y proyectos intelectuales: *Punto de Vista* y la introducción de Raymond Williams y Pierre Bourdieu en Argentina. *E.T.C. (Ensayo-Teoría-Crítica)*, Año 7, N° 10, pp. 25-33.

--- 2001. *El materialismo cultural de Raymond Williams*. Córdoba: Ediciones Epoké. Colección Breviarios Teóricos.

--- 2006. "Debates teóricos en torno a la literatura latinoamericana: el surgimiento de nuevo estatuto crítico (1975-1985)". *Orbis Tertius. Revista de Teoría y Crítica Literaria*. N° 12, 2006. Publicación electrónica: www.orbistertius.unlp.edu.ar

SOSNOWSKI, Saúl 1996, 1997. *Lectura crítica de la literatura americana*. 4 Vol. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

RICHARD, Nelly 1997. "Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa", *Revista de Crítica Cultural* (Santiago de Chile) N° 15, Noviembre.

---- (2000) "Un debate latinoamericano sobre práctica intelectual y discurso crítico", *Revista Iberoamericana*, vol. LXVI, N° 193: 841-850.

--- 2001. *Residuos y metáforas*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.

--- 2008. *Debates críticos en América Latina*. 3 Vols. Santiago, Ed. ARCIS, Ed. Cuarto Propio, Revista de Crítica Cultural.

RINCON, Carlos (1978). *El cambio en la noción de literatura*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

RINCON, Carlos y Petra Schumm (eds) 1995. *La crítica literaria hoy. Entre la crisis y los cambios: un nuevo escenario*. *Nuevo Texto Crítico*, 14-15.